

ARGUEDAS, UN TESTIMONIO

ARMANDO ALVAREZ BRAVO

Los homenajes y las revisiones programáticas de un autor siempre me inquietan. Tanto si, en los casos legítimos, son motivados por un genuino interés o por una urgencia inaprovechable, como si, en otras ocasiones que no sé calificar, son producto de la fuerza de la costumbre y la falta de imaginación. En tanto la literatura es para mí una acción constante y final, un acto totalizador de voluntad creadora, ruptura, suma, desplazamiento, intrusión, presencia — la necesidad de tener partido, de definir. Aunque pueda resultar más cómodo, no es posible el silencio. Pero, y quizás ahí radique la inseguridad que experimento cuando me veo envuelto en uno de esos procesos, no me gusta el silencio ni cultivar silenciosos desenfocamientos — todos estamos sujetos a nuestras pasiones y en el plano literario, esta pasión es en muchos casos la cifra que expresa nuestros mecanismos defensivos y ofensivos — a profesar afirmaciones cuyo colmo extremismo inevitable, es preciso, vigencia de la honestidad, la lucidez, una si va en detrimento, en planes superlativos, de nuestros principios y actitudes.

En pluma, esa abstracción que se refugia a la sombra de los valores indígenas y costumbristas, esa "literatura", siempre culpable, paternalista, que a lo largo de los años ha producido América Latina, y que ha contribuido con agresivo entusiasmo a desvirtuar, a impedir la confirmación de una posible imagen de la realidad americana, ha desconocido una necesidad que produce un sistema de rechazo de toda obra en que aparecen los personajes y circunstancias de un complejo sociocultural que es factor determinante en nuestra historia.

Otra víctima del indigenismo y el costumbrismo, cuando hace ya algunos años, respondí por vez primera con la obra de José María Arguedas, la elegí en el orden de mis lecturas de aquel momento. Tenía actitudes oscuras e ineficientes de su importancia y nivel, pero aun así me resultaba sospechosa su ternura. Cuando por fin, así por esa obligación que

me he impuesto de conocer en todas sus facetas la literatura latinoamericana, comencé a leerlo, me di cuenta que aquella obra, donde la figura y la problemática del indio eran decisivas, era otra cosa. ¿Pero qué era esa otra cosa, dónde radicaban las diferencias? Para responderme era preciso acudir a la lectura. La impresión inicial prevaleció, y con ella creció el respeto por el autor. Estaba ante un escritor que por vez primera, trabajando con materiales mineros hasta el desprestigio, se apartaba de las interpretaciones, de las respuestas fáciles. La autenticidad, esa extrema calidad, permeaba sus ficciones. El indio dejaba de ser un ornamento, un objeto o un pretexto para convertirse en un hombre, en algo real. Sin embargo, y he aquí lo significativo, ese cambio radical no implicaba una visión objetiva pero distanciada, sino una visión que, empañada deliberadamente, un instrumento no consubstancial a ella, lograba su trascendencia en base a una absoluta y rigurosa identificación con aquello donde que moraba.

Arguedas, resulta fácil decirlo, reconoció la empresa de dotar de expresión orgánica (a través de otro idioma), a ese dominio que, en primera instancia, silencian los horrores lingüísticos. Al hacerlo, y para mí este resulta fundamental, supo forjar un intrínseco, sutil, más accesible sistema estético que, sin adulteraciones, recreó la complejidad anímica y conceptual, los valores de sus protagonistas, tan diferentes de los del mundo de los lectores del novelista. Esto, y no puede olvidarse que la literatura es lenguaje, aunque pueda señalarse con validez otras características, es lo extraordinario en Arguedas. Junto a ello, y es reiterativo decirlo, habrá que situar la honestidad de sus concepciones, la tensión dramática de su visión, su su escritura, su sentido crítico. Pero es poco todo, y más allá de cualquier argumento que pudiera surgir en un diálogo, ya imposible, por su voluntad de fundación a través de la palabra por lo que no vacilo en reconocerlo y situarlo entre nuestros autores imprescindibles.

Entramos al Cuzco de noche. La estación del ferrocarril y la ancha avenida por la que avanzábamos lentamente, a pie, me sorprendieron. El alumbrado eléctrico era más débil que el de algunos pueblos pequeños que conocía. Verjas de madera o de acero defendían jardines y casas modernas. El Cuzco de mi padre, el que me había descrito quizá mil veces, no podía ser ese.

Mi padre iba escondiéndose junto a las paredes, en la sombra. El Cuzco era su ciudad nativa y no quería que lo reconocieran. Debíamos tener apariencia de fugitivos, pero no veníamos derrotados, sino a realizar un gran proyecto.

LOS RIOS PROFUNDOS - página 2 - Edición Casa de las Américas.



Arguedas, un testimonio [artículo] Armando Alvarez Bravo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alvarez Bravo, Armando

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Arguedas, un testimonio [artículo] Armando Alvarez Bravo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile